

SEGUNDA EDICIÓN

29 DE MAYO DE 1886

NUM. 171



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Escritores cómicos.

Constantino Gil.



Buen autor, buen novelista,
¡Ya quisieran más de cuatro
los laureles que él conquista
en el libro y el teatro!

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—En el abanico de I... por Manuel del Palacio.—La mujer de Gregorio, por José Estremera.—Las Virgenes locas; capítulo tercero: En que se precipitan los acontecimientos, por Miguel Ramos Carrón.—Consejo gratis, por Sinesio Delgado.—Unos nazen con estrella..., por Felipe Pérez y González.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Constantino Gil.—Nocturno.—Jeroglífico, por Cilla.



Los que acuden al Circo acariciando la dulce esperanza de poder aplaudir los maravillosos saltos mortales de los acróbatas, están de enhorabuena. Hay este año quien salta de rodillas, de espaldas, de frente, de costado, con la cabeza, con las piernas, con el vientre; de todos modos.

Muchas veces, al caer desde respetable altura, parece que se va a matar y ¡nadaf...! Otras veces, el público cree que va a romperse por la mitad, como los peines de asta de ciervo cuando se les dobla y ¡tampoco!

Los idólatras del arte prorrumpan en gritos de júbilo y aplauden, aplauden, hasta que al acróbata se le sube la gloria a la cabeza y quiere dar con los pies en el techo del Circo. Entonces se aparta los rizos de la frente, enjúgase el sudor del rostro, toma carrera y... ¡pum! va a caer como una bomba sobre la valla de la pista, provocando en el público un ¡ah! de admiración, que no puede describirse.

Si no estuviesen contenidos por las conveniencias sociales y los deberes del sexo, muchos espectadores se abalanzarían al acróbata para cubrirle de besos.

Otros, menos impresionables y más reflexivos, miran al artista y murmuran:

—¡Parece mentira lo que salta ese hombre!

—Pues es español—añade un entusiasta, que siente bullir en sus venas el orgullo patrio.

—¿Español?

—Sí, señor; de Albacete.

—¡Hombre!... ¿Sabe V. si tiene una tía casada con un procurador?

—Puede que la tenga.

—Entonces éste debe ser hijo de Peláez el músico.

—¿Y saltaba también?

—¿Quién, Peláez? ¡Quiá! Lo que hacía era tocar divinamente el trombón de varas.

Parece mentira el entusiasmo que despiertan los acróbatas en ciertos corazones.

Sólo es comparable al que sienten por los grillos algunas personas serias.

Conozco un caballero, jubilado por edad, que en cuanto se inicia la primavera ya está encargando insectos líricos a todos los comerciantes del ramo, y tiene siempre media docena de jaulitas colgadas en el balcón.

—Yo sin esto no vivo—nos decía la otra tarde.

—¿Tanto le gustan a V.?

—Los grillos, mal comparados, son como las personas. Los hay de tan buenos sentimientos como cualquiera de nosotros. Tuve yo uno el año pasado que, en cuanto me veía de mal humor, ya no quería cantar y se pasaba el día echado, sin gusto para nada.

También hay señoritas que usan grillo para distraerse, y le cogen un cariño que parece mentira. Duermen arrulladas por el dulce canto del insecto filarmónico, y le cuidan con todo el amor de una madre cariñosa.

Al revés de aquel niño perteneciente a mi vecindad, a quien decía ayer su madre:

—¿Y el grillo?

—No cantaba.

—Bueno, pero ¿qué has hecho de él?

—¡Me lo he comido!

Las imitaciones están a la orden del día. Hay flores de trapo, a las cuales, como dice una señora muy exagerada, no les falta más que hablar.

Venden por ahí unos caballeros de algodón teñido, que parecen naturales, y un primo mío tiene un bigote de quita y pon, que da un chasco a cualquiera.

Pero sobre todo, ¡qué bien se hacen ahora los ojos de cristal! D. Doroteo tiene dos: uno para los domingos y otro para ir a la oficina, y nadie dice al verlos que los ha comprado en casa de Severini.

Cuando se decidió a tapar el agujero, fué a ver al comerciante y le dijo:

—Necesito un ojo de mirada benévola.

Y el comerciante, confundiendo el paquete, le vendió uno de perro de aguas, que D. Doroteo aceptó sin notar la equivocación; pero pronto pudo ver que las perras se paraban a su paso y le hacían guiños con la cola, hasta que una persona inteligente le dijo:

—D. Doroteo, ese ojo es irracional.

—¿Cómo?

—Debe ser de merluza.

Entonces cayó en la cuenta, y hoy tiene uno azul, tan expresivo, que al vérselo las mujeres creen que va a hacerles una declaración amorosa, y no pueden menos de decirle:

—Caballero, no me lance V. esas miradas. ¡Soy casada!

Los niños de D. Doroteo se mueren por coger el ojo y meterlo en la jofaina, y cuando alguno de aquéllos se pone malo y no quiere tomar las medicinas, la mamá se vale del órgano de D. Doroteo para reducirle a la obediencia, diciéndole:

—Vamos, Arturito; toma el jarabe y te presto el ojo de papá.

Los domingos, ya se sabe, D. Doroteo no sale de su casa sin decir a su esposa:

—Aquilina, tráeme el ojo de los días de fiesta, y dale éste a los niños para que se distraigan.

La Exposición de flores y plantas, que va a ser inaugurada con gran solemnidad, es, hoy por hoy, el único atractivo que nos ofrece la presente estación.

Los teatros no proporcionan el suficiente recreo, porque nos sabemos de memoria todas las obras, y porque los actores parece que trabajan de prisa y corriendo, como si los estuvieran esperando en la puerta.

Una noticia que nos ha llenado de asombro y de pena. Dícese que la Valverde dejará de pertenecer a la compañía de Lara. Si es así, acompaña en el sentimiento a la empresa. Porque el público ya tendrá ocasión de aplaudirla en otro teatro. Allí donde ella vaya, será siempre la primera.

La recomendación de todos los domingos.

El joven poeta Luis Royo, que ya conocen VV., ha publicado una colección de versos cómicos con el título de *Manchas de tinta*, precedidos de un prólogo del mismo autor. El libro resulta agradable y bien impreso, y el señor Royo un poeta fácil, ingenioso y chispeante.

Le saludo atentamente y me retiro por el foro.

LUIS TABOADA.

EN EL ABANICO DE I...

La misma pena
que tendrá el diablo
si mira al cielo
de cuando en cuando,
es la que sufro
y es la que paso,
viendo tus ojos,
viendo tu garbo,
viendo la suma
de tus encantos,
tan seductores,
ricos y varios,

que no hay paciencia
para contarte;
y viendo luego
casi arruinado,
con telarañas
de arriba abajo,
triste amebado,
desierto a ratos,
y sin más flores
que jaramagos,
este edificio
que fué

PALACIO (1).

LA MUJER DE GREGORIO

De una vida alegre y plácida gozaba el pobre Gregorio, cuando recibió esta epístola, que dió al traste con su gozo:

«Caro Gregorio: Tu conyugé anda en amores con otro que, aunque es un solemne ttere, ella le encuentra muy mono. Yo, aunque por razones fáciles de comprender hoy me escondo, siento que seas tan cándido, tan coafinado y tan bobo. Te está poniendo en ridículo un adjutor laborioso.

¿Quién ella hace partícipe del yugo del matrimonio. Tú pagas perlas y aljófares y trajes y perfumes, y ella para otro satélite se pone cintas y moños. Y como pasa los límites del pudor y del decoro, si has de evitar el escándalo, vive alerta y abre el ojo.»

Gregorio se puso livido al recibir el anónimo, y presa de horrible vértigo, se dió á todos los demonios. Su situación era crítica, siendo ya el caso notorio. ¿Cómo presentarse en público, sin que se le burlen todos? ¿Qué hacer? ¿Debia dar crédito á un libelo infamatorio de algún amigo malévolo, calumniador ó envidioso? No; pero ¿y si fuera el récipe, aunque escrito de tal modo, una acusación verídica, hecha por amor al prójimo? Con estas dudas, el infiero, consternado y medio loco, pasaba días sin término y noches de horrible insomnio. Una noche, con el ánimo de dar á su esposa el horrible castigo que dió á Desdémona

el fiero y célebre moro, fué con sigilo hasta el tálamo, nido de sus sueños de oro, donde dormía la aditiera con envidiable reposo.

Iba á berirla; mas de súbita ella abrió sus labios rojos, y sin levantar los párpados, como en ensueño dichoso, con una sonrisa angélica, dijo: «Gregorio, te adoro. Gregorio, tú eres el único bien que en la tierra ambiciono; nadie cortará los vínculos de estos amores, Gregorio.»

Oyó el marido, y trémulo, de su pasión en el colmo, trocada en amor su cólera, cayó rendido de hinojos. Despertándola y asiéndole la mano, que era un pimpollo, la humedeció con sus lágrimas, la templó con sus sollozos.

—Hija del alma, perdóname, he sido un malvado, un monstruo, que he manchado tu alma cándida con anatema ominoso. Tú Gregorio te ama, mirale otra vez con buenos ojos: mira que *per omnia secula* te esclavo será Gregorio.

Después, en no sé qué círculo de hombres alegres y ociosos, comentaban varios jóvenes el lance por lo chistoso.

—Es el caso que esa prójima (decía allí cierto mozo) sueña en voz alta, y sabiéndolo, para evitar que su esposo llegue á descubrir sus maculias en una noche de insomnio, aunque tiene la muy picara de su amor muchos golosinos, no admite ninguna *adultera* que no se llame Gregorio.

José Estrada.

LAS VÍRGENES LOCAS (1)

CAPÍTULO TERCERO

En que se precipitan los acontecimientos.

I

—¿Qué hay?

—Los encargos de V. E. están cumplidos.

—¿El cadáver?...

—Se buscó el de un infeliz, muerto en el hospital, y cuyas señas personales y edad coincidían en lo posible con las del señor Santurce, lo trasladamos al depósito judicial, se le mutiló, se le untó con el betún, y con la inyección quedó tan semejante al otro, que cualquiera le hubiera tomado por el mismo.

—De manera que la justicia...

—No puede sospechar la sustitución. V. E. puede estar tranquila.

—¿Cuánto debo á V.?

—Tres mil reales me fueron ofrecidos en nombre de V. E.

—Tome V. este billete de mil pesetas y máchese en seguida.

—Un millón de gracias, Sra. Condesa.

—A V. más que á nadie conviene guardar el secreto de lo ocurrido.

—Ya lo sé.

—La profanación de un cadáver tiene señalado en el Código un castigo severo.

—Descuide V. E.

—Adiós.

—Servidor, Sra. Condesa.

Salió el hombre que con ésta había sostenido el diálogo anterior, y la del Jaral, apenas se halló sola, dió rienda suelta á la pena que la embargaba, y rompió á llorar sollozando ruidosamente.

(1) Véase el número anterior.

Enjugó después sus ojos con un riquísimo pañuelo blasonado, envolvióse en un ancho abrigo de pieles, procuró serenarse, y con paso firme salió de la estancia dirigiéndose al jardín.

Eran las diez de la mañana. El cielo estaba plomizo; los árboles parecían buscar un abrigo en sus compañeros más vecinos, entrelazando con las de éstos sus ramas, desnudas de follaje y humedecidas por la escarcha. Los chopos se destacaban rígidos y pardos sobre el fondo ceniciento de las nubes.

La Condesa llegó á un pabellón situado en el extremo del jardín, abrió la puerta, y después de vacilar un momento, penetró resuelta y decidida.

Dentro de un gabinete amueblado con extraordinario lujo se hallaban dos personas junto á la chimenea, en que ardía chisporroteando abundante fuego de leña.

Una de aquellas personas se levantó al ver entrar á la dama; la otra permaneció sentada y sin hacer el menor ruido.

—¿Cómo está?—preguntó en voz baja la Condesa, avanzando de puntillas sobre la alfombra con el cuidado de una madre cuando se acerca á la cuna de su hijo dormido.

—Ya lo ve usted, insensible á todo.

El que hablaba con la del Jaral era un hombre como de cincuenta años, fornido y robusto, que parecía ser un antiguo servidor de la casa.

—¿Ha dormido bien?

—Perfectamente. Desde la nueve de la noche hasta las ocho de la mañana. A esa hora le vestí, le coloqué en esa butaca y ni siquiera se ha movido.

—¿Todavía no ha almorzado?

—Mientras no llora es señal de que nada desea.

—¿Qué horror!

—Verdaderamente da lástima el verle.

—¡Dios mío, Dios mío!—exclamó la Condesa, dejándose caer sobre un diván y llorando con amargura.

Sentado en una butaca baja, indiferente á lo que hablaban á su lado, como una cultura de carne, estaba un joven, vestido con elegante batín de terciopelo oscuro y ancho pantalón de la misma tela. Sus pies, inmóviles como el cuerpo, se escondían entre la sedosa piel de unos pantuños; sus manos, marmóreamente blancas, estaban cruzadas sobre el pecho.

Maravillaba una extraña, inverosímil, absurda é inconcebible particularidad que ofrecía aquel hombre. Arrellanado sobre el mueble, como si procurase disfrutar lo más de cerca posible el calor suave de la chimenea, tenía, sin embargo vuelta la cabeza hasta tal punto que la barba descansaba encima del respaldo de la butaca y el lazo de un pañuelo blanco de seda que rodeaba su cuello venía á quedar precisamente sobre el cogote.

Suponemos que el lector, por torpe que sea, habrá comprendido quién era aquel hombre. Por si no lo ha adivinado todavía, se lo diremos. Era Julián de Santurce, la víctima de LAS VÍRGENES LOCAS, el mutilado vuelto á la vida por modo tan maravilloso.

Su fisonomía no había perdido nada de la varonil belleza, pero falta por completo de expresión, atónita é inmóvil, habría parecido el rostro de una figura de cera si el movimiento de los párpados, al pestañear de tarde en tarde, no hubiera dado evidente muestra de vida.

—Y dice usted—pros guió la Condesa cesando de llorar—que han sido inútiles todas las pruebas?

—Completamente inútiles.

—¿Ha hecho usted alguna otra?

—Varias. He cogido un ascua de la chimenea, se la he aplicado á la nuca y sólo he logrado chamuscarle el cabello. Ésta noche pasada he disparado á espaldas suyas, es decir, frente á su pecho, tres tiros de revolver...

—Los he oído y me asustaron.

—Pues no logré que hiciera el menor movimiento.

—¿Y hablar?

—Lo mismo que el primer día: *mama, chacha y teta*, como un niño de pocos meses.

—Es horrible.

La Condesa volvió á llorar. De pronto pareció tomar una resolución suprema y dijo con voz vibrante y enérgica:

—Haré la última prueba. Váyase usted, Francisco; déjeme sola con él.

Inclinóse respetuosamente el antiguo servidor y salió de la estancia pensando, sin duda, como cualquier otro en su caso:

—¿Qué irá á hacer la señora?

II

Tarsila, apenas se vió á solas con el pobre imbécil, cerró la puerta, y arrojándose luego de rodillas á sus pies, cogió entre las suyas las manos del infeliz y las llenó de lágrimas y de besos.

—Julián, Julián mío—exclamaba con acento conmovedor,—

NOCTURNO



¡Gracias á Dios que estoy en mi casa!... ¡No vuelvo á la Taurina!



¿Á que se me descabeza también éste?



¡Gra... gra... gracias á Dios!



Ahora mismo me acuesto.



Y á ver si mañana se me han pasado estos mareítos. Lo dicho, no vuelvo á la Taurina.



¡Arí! ¡Pues no me iba á dormir con 'el sombrero puesto!



Pues por esta noche ahí se queda.



¡Caracoles! ¿Y por qué se ha apagado la vela? ¿Quién anda ahí?



Debe haber sido el viento.



¡Claro que era el viento!



¡Huele á chamusquina!



¡.....!

vuelve hacia mí tus ojos; mírame prosternada á tus plantas, oye mi súplica, atiende á mis ruegos; yo te amo, yo te adoro, yo estoy pronta á sacrificar mi vida, mi cuerpo y mi alma.

Pero el idiota, insensible al llanto de aquella desdichada, no volvía la hermosa cabeza. Parecía como si mirase no más al pasado, lleno acaso de faltas que merecían aquella penosa expiación.

Desesperada la Condesa, levántose al fin y volvió á caer de rodillas detrás de la butaca, frente á frente de la cara insensible de Santurce. Cogió la cabeza de éste entre las manos, crispadas por el dolor, y la agitó á uno y otro lado con violencia.

—Responde—dijo, con una voz que le salía del alma;—mírame siquiera una vez; yo te amo, te amo, te amo.

Le dió un beso en la boca.

Un sacudimiento agitó el cuerpo de Julián que, alzándose del asiento, se puso en pie, con asombro de la Condesa.

—¿Sientes?—preguntó ésta.—¿Oyes? ¡Responde, por Dios!

Santurce dió con rapidez la vuelta, y extendiendo los brazos, estrechó entre ellos á Tarsila, que aterrorizada quería desprenderse. Le espantaba el abrazo de aquel hombre que tenía vuelta la cabeza, como si repugnara sus besos.

Logró al cabo desasirse la Condesa, y cogiendo por los brazos al imbécil, cuyas fuerzas parecían agotarse, logró mirarle cara á cara. Los ojos de Julián resplandecían, adivinándose en ellos la inteligencia.

—Mírame, habla, soy yo, tu Tarsila.

Julián avanzó unos pasos, retrocediendo de la Condesa, y extendió los brazos como si quisiera volver á abrazarla. Cuanto más se alejaba de ella, más expresaba su fisonomía, paralizada hasta entonces, el deseo de acercarse á la mujer amada. La voluntad entregada á dos fuerzas contrarias sostenía una lucha inconcebible. No hay pluma capaz de describir situación semejante.

De pronto sonó un ruido estrepitoso y la Condesa lanzó un grito. Santurce, al querer abrazarla, mientras ella le daba un beso apasionado, había cogido entre sus brazos un soberbio jarrón de china, que cayó sobre la alfombra haciéndose pedazos.

Julián no pareció advertirlo; se dirigió á la butaca, sentóse en ella, y mirando estúpidamente á la pared, dijo con voz desentonada y balbuciente:

—Tata, chacha, mama...

La Condesa salió desparavida.

III

A la misma hora en que ocurrió la escena anterior, Marcelina, la doncella de la Condesa del Jaral, se despidió afectuosamente de Elena de Coto-Cerrado en casa de ésta, donde ambas habían sostenido largo, interesante y misterioso diálogo.

—Si me sirves bien, tienes tu suerte asegurada—decía Elena.

—Descuide V., que no he de hacerle traición. Ya sabe V. por mí cuanto necesito y dispuesta estoy á ayudarla en todo lo que me sea posible. Francisco saldrá esta noche del pabellón, y yo procuraré tenerle á mi lado todo el tiempo preciso. No desea él otra cosa. Como es ya viejo, le ilusiona mucho que una joven le conceda sus favores, y más cuando hace tanto tiempo que los solicita.

La doncella sonreía picarescamente; Elena estaba seria y meditabunda.

—¿Estás segura de que ésta es la llave de la puerta accesoria?

—Tan segura como de todo cuanto he contado á V. Francisco es el único que cuida al Sr. de Santurce, que está completamente idiota.

—¡Ah!—exclamó Elena.—Su alma, que tanto ambicionaba poseer la Condesa, no ha sido para ella ni para mí: castigo á mi liviandad y á su egoísmo. ¿Y ella supone—añadió—que ignoran todos lo sucedido?

—Así lo cree.

—Marchate ya, no extrañe tu ausencia y sospeche algo.

—Hasta mañana.

—No olvides lo que te he dicho. A las doce en punto de la noche llegaran esos hombres á la puerta del jardín, penetrarán en el pabellón y se apoderarán de Santurce... ¿Puedes asegurarme que no opondrá ninguna resistencia, que no gritará?

—Repito á V. que ni siente ni padece.

—Para que este rapto quede en el misterio más profundo cuanto con tu discreción y con tu silencio.

—Harto sabe V. que estoy dispuesta siempre á servirle.

Salió Marcelina de la estancia, y Elena, sentándose ante un precioso escritorio de la época de Luis XV, escribió lo siguiente en un plieguecito de papel, después de cortar la parte timbrada:

«Jaramago: Dispon á toda tu gente para salir mañana. Ven á verme esta noche con cuatro de tus compañeros. Te preparo un negocio que pagará con creces todo cuanto te debo.

AZUCENA.»

IV

Cuatro días después, cuando los últimos rayos de un sol pálido y triste coloreaban las nubes, una berlina de alquiler, con las cortinillas bajas, se hallaba parada en lo alto de una colina próxima al límite de la Moncloa, é inmediata á la vía férrea del Norte.

Dentro del carruaje, inquieta y mirando repetidas veces su diminuto reloj, estaba Elena de Coto-Cerrado, que al oír el silbido cercano de una locomotora, levantó la cortinilla de la portezuela que daba hacia el ferrocarril, y asomó la juvenil cabeza.

Un momento después llegó, lanzando humo al espacio y fuego á la tierra, un tren mixto que venía de Madrid.

A la ventanilla de uno de los coches de tercera clase iba asomado un hombre. Cuando el tren pasó frente al carruaje que Elena ocupaba, aquel hombre sacó el brazo cuanto le fué posible y agitó una banderita roja. Elena le saludó con el pañuelo, correspondiendo á la misteriosa señal, y cuando vió que el tren se perdía á lo lejos y flotaban sobre el carruaje en que ella estaba las últimas nubecillas del penacho de humo que el tren había dejado á su paso, dijo al cochero:

—¡A Madrid!

Luego, dejándose caer en el fondo de la berlina, exclamó con amarga expresión:

—¡Ya no hay remedio: sea lo que Dios disponga!

V

Es de noche. El tren que hemos visto partir cruza los túneles del Guadarrama.

A la escasa luz de un coche de tercera clase se ve que ocupan sus duros asientos trece personas. Dos soldados fuman, charlan y ríen con la alegría del que ha servido á la patria y lleva el canuto de hojalata pendiente de la vistosa cinta de serfa. Un clérigo dormita en un rincón. Una mujer del pueblo, con un niño en brazos, mira con fijeza á la lamparilla y cierra los ojos cuando el ruido atronador indica que el tren ha penetrado en un túnel.

Los otros viajeros son dos mujeres y seis hombres, que por su aspecto indican pertenecer á esas compañías ambulantes que recorren las ferias haciendo habilidades gimnásticas y acrobáticas.

Su jefe, pues debía de serlo á juzgar por el respeto con que los demás le hablaban, era un hombre de cuarenta y tantos años, alto, enjuto y vestido menos pobremente que los otros. Su rostro amarillo y sus ojos negros y brillantes indicaban bien á las claras el origen gitano.

—Oye, Jaramago—le decía en voz muy baja un hombrecillo corcovado y ruin, de inteligente fisonomía y movimientos vivos, que iba sentado junto al jefe,—mucho temo que este negocio nos haga entrar en relaciones con la justicia.

—Calla, estúpido; ¿qué entiendes tú de estas cosas?

—Ya me callo.

—¿Cómo va ése?—preguntó el llamado Jaramago á una de las viajeras.

Alzó ésta una marta de abigarrados colores que cubría por completo el bulto como de una persona echada, colocado en uno de los ángulos del asiento, y después de mirar y oír con atención, dijo:

—Duermes como un bendito.

—Pues adelante con los faroles—exclamó en tono alegre Jaramago,—con ese hombre va nuestra fortuna; yo os lo aseguro.

—¿Y cómo piensas anunciarlo?—preguntó el jorobadito.

—Ya lo he pensado. En cuanto lleguemos á Ciudad Rodrigo, mandaré pintar un gran cartel que diga lo siguiente: FENÓMENO NUNCA VISTO. EL HOMBRE DE LA CABEZA AL REVÉS.—Entrada, un real. Niños y soldados, cuatro cuartos.

MIGUEL RAMOS CARRIÓN.

(Se continuará.)

CONSEJO GRATIS

«Conque dice, Antonio, que tú espotas, á quien creíste buena y cariñosa, te ha salido un demonio,

capaz de respetar cualquiera cosa menos la santidad del matrimonio!

¡Caprichos de la suerte! No te choque que la china te toque,

y te amargue la hiel del desengaño.

Entre tantos que aciertan, no es extraño que alguno se equivoque.

¡Paciencia y barsajá! Si tu señora, que olvida su deber y se propasa

impúdica y traidora,
ha profanado el templo de tu casa
con su instinto brutal de pecadora,
es inútil que busques la manera
de hacerla detenerse en su carrera,
y no debes tomar, como un muñeco,
una venganza innoble á palo seco.

Los celos son la bárbara metralla
con que tropieza el hombre en la batalla,
y suele ser difícil evitarlos,
pero sólo en el modo de vengarlos
se puede conocer á la canalla.

De los actos brutales,
el que repugna más, si se me apura,
es ilustrar la piel de una perjura
poniendo por ribetas cardenales.

Desengáñate, Antonio;
es coyunda agrada el matrimonio,
y si la esposa ingrata
la rompe, y echa al viento los pedazos,
no se puede emendar á bastonazos.
¡ó se la deja en paz, ó se la mata!

SINESIO DELGADO.

UNOS NACEN CON ESTRELLA...

Ventura Rubio y Delgado
es un granuja, un perdido,
jugador empedernido
y Tenorio empecatado.

Pero le juzga excelente
la gente, no se por qué,
y ¡qué diablos! vaya usted
á desmentir á la gente.

Él no gasta hipocresía,
ni doblez, ni fingimiento,
y aun hace á cada momento
alardes de picardía.

Mas á ninguno da esto, antes,
pues, por su envidiable suerte,
cuanto dice lo convierte
todo el mundo en bueno y santo.

Hallándose de visita,
un día, en casa de Aponte,
dijo muy ufano:—El monte
es mi afición favorita.—

Y en vez de mostrar horror
ó asombro, cuantos le oyeron,
todos para sí dijeron:

—Debe ser... buen cazador.—

Otro día, no sé qué día,
viendo en él rara tristeza,
le dijo:—Amigo Ventura,
¡qué te pasa? ¿No estás bien?—

Y él, con formas ordinarias,
le respondió enfurecido:

—¿Qué me pasa? ¿Que han venido
catorce cartas contrarias?

Lo supieron ocho ó diez
y exclamaron:—Eso espanta...
¡Traer el correo tanta
mala noticia á la vez!

Echándose de franco,
enseñó, en otra ocasión,
un respetable montón
de oro y billetes de banco.

Y como un loco, gritó,
recibiendo el parabién:

—Bendito por siempre amén
el caballo que lo dió.—

Pues bien, hay quien, muy de veras,
al recordarlo, asegura
y sostiene que Ventura
ganó aquello... en las carreras!

Respecto á falidas y amores
hace horrores... Yo prometo,
por el debido respeto,
no referir sus horrores.

Pero es tal su buena estrella,
que causa más de un quebranto,
y todos le juzgan santo
y nadie le arma querrela.

Como le gusta la holganza
y el hacer la *vita bona*,
le mantiene una jamona
llamada doña Esperanza.

Y como el tusanete tiene
descaro tan inaudito,
dijo un día á voz en grito:

—La Esperanza me mantiene.—
Pues aunque él lo dijo en chanza,
no hay quien se dicho no apruebe;
porque ¡es claro! el hombre debe
mantenerlo la esperanza.

En fin, por una torpeza,
haciendo no sé qué giro,
al estanco del Retiro
cayó un chico de cabeza.

Más muerto el pobre que vivo
pasando apuros gritó,
hasta que al fin le sacó
un hombre caritativo...

Y tan modesto que, apenas
le dejó en salvo, se fué,
queriendo librarse de
plácemes y enhorabuenas.

Y señalando por su acción,
como sola recompensa,
la que más honra dispensa,
la propia satisfacción.

Acudió gente después,
contó el chico lo ocurrido,
y el héroe desconocido
despertó grande interés.

—¿Quién vería?—entusiasmado
todo el concurso exclamó.—

Y el chicoado respondió:

—En señor rabio y delgado.—
—¿Rubio y Delgado?—¡Criatura!

¡Ventura ha sido... de fijo!

Y el pobre muchado dijo:

—¡Claro que ha sido ventural!

.....
Ayat *La Correspondencia*
dice que, al fin, ha logrado
Ventura Rubio y Delgado
¡la cruz de Beneficencia!

FELIPE PÉREZ Y GONZÁLEZ.

CHISMES Y CUENTOS

Ya sé yo que la mayor parte de los corresponsales no leen el periódico; pero, por si acaso se le ocurre á alguno enterarse de estas líneas, le suplico que devuelva inmediatamente á esta Administración los ejemplares que tenga del número 169, y se le abonaran en cuenta á precio corriente.

Y nos hará un favor muy grande, además.



Una sonrisa hechicera,
la charla de una portera
y un amor que no entró en quintas,
son tres cosas muy distintas
y ninguna verdadera.

ENRIQUE SIERRA.



He visto en los escaparates de Ruiz de Velasco el busto del distinguido novelista Palacio Valdés, ejecutado por el Sr. Tamargo, notabilísimo escultor asturiano.

Yo no entiendo de estas cosas, pero se me figura que se parece mucho y que está muy bien hecho.

Y, por consiguiente, doy la enhorabuena al Sr. Tamargo.



¡Ya me canso de dimes y diretes!
Catorce suscritores desdichados
se han visto de su número privados,
y, además, se han perdido dos paquetes
y dos cartas con sellos.
Yo no sé si serán los empleados,
pero si fueran... ¡mala bomba en ellos!



Luisa Minerva es una preciosa novela de D. José Ramón Melida, que me atrevo á recomendar á VV. con toda la efusión de mi alma.

Brillantez de estilo, admirable pintura de caracteres, bellísimas descripciones; todo esto tiene *Luisa Minerva*.

Conque no achen VV. en saco roto la recomendación.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. J. D. M.—Gracia.—El soneto es flojito, y el último verso tiene letra y media.

Sr. D. J. M.—Madrid.—No puedo publicarlas... ¡Ahí y aquí no se pagan esas cosas.

Sr. D. A. A.—Madrid.—Todos los ovejunos del mundo han sido siempre malos. Saque V. la consecuencia.

Sr. D. M. de R.—Madrid.—Pues mire V., eso no vale casi nada.

Nosotros.—San Fernando.—Vamos, menos mal que hay todavía en el mundo quien hace charaditas. No es que yo las publique, pero bueno es que VV. las hagan, para que no se pierda la afición.

Sr. D. A. R.—Madrid.—La última no es publicable. La otra se publicará cuando la llegue el turno. Tiene el núm. 83 y estamos en el 38.

Peregrino.—Ambas son así, así.
El de las combinaciones.—Es un poco gastado el asunto, y además al pie quebrado entre los tres le sobra una sílaba sin poderlo remediar.

Sr. D. A. L. y C.—Madrid.—Lo siento de veras; ¡créame V.! pero es imposible admitir artículos, por tener comprometida y encargada toda la prosa del periódico.

M. A. T. E. R. A.—Son bobadas; ni como guasa sirven.

Menardo.—Zaragoza.—Ese capítulo aparte de LAS VIRGENES LOCAS tiene muchísima gracia, sobre todo en la ilustración. Por ahí anda un pintor de verdad, ¿no es eso? ¡Choque V. Guardaré esas cuartillas como recuerdo agradable.

Sr. D. A. M.—Valladolid.—¿Cómo quieres que yo publique eso si me das un hombro espantoso? ¡Ah! no quedan ejemplares. La composición «Desengaño» es flojita en la forma y vulgar en el fondo.

B. Mol.—Haro.—Lo al dorso escrito, como V. dice, es muy malo.

Obocaj.—Pero si es que el asunto tampoco merece la pena.

Adjunto.—Pamplona.—Si es guasa resulta una tontería, y si no es guasa... ¡oh! ¡qué necesidad tan grande!

Sr. D. F. M. P.—Barcelona.—Recibidos los sellos. Se escribe *chagria* y es palabra francesa. Por eso no está en nuestro Diccionario.

R.—Barcelona.—¿Artículos?... ¡Que no puede ser!

Sr. D. M. F.—Barcelona.—Recibida.—Los versos están bastante descuidados, y no ha desarrollado V. bien el asunto.

Sr. D. J. Sta. L.—Madrid.—Ya veremos.

Sr. D. L. T.—Madrid.—Hombre, ¡por Dios! á la vista salta que aquello de decir que los versos de los sonetos tienen doce sílabas fue una equivocación. Por lo demás, el palo está bien dado y se agradece, aunque parezca mentira.

Suculentio.—En no es de V., por lo menos la idea.

Sr. D. J. V.—Madrid.—Sirve.

Satirico.—¡Olé por el medianol!

Finñati.—Madrid.—¡Imbecil!

Martillazo.—Conque en verso, eh. Ni sabe V. lo que es eso, ni lleva camino de aprenderlo en su vida.

Telescopio.—Esos juegos de palabras se hacen muy pesados. Además... lo debe V. haber copiado de alguna parte.

Sr. D. A. C.—Tarragona.—Pero, hombre, ¡quién le ha metido á V. en esos trotes? Eso es una bobada.

MADRID, 1895.—IMPRESA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ
Libertad 16 duplicado.—Teléfono 934.

JEROGLÍFICO



(La solución en el número próximo.)

Lit. de la Viuda de M. Bautista, Jesús del Valle, 22.

ANUNCIOS

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos

CONTIENE ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS MEJORES LITERATOS
y viñetas y caricaturas debidas al lápiz de CILLA

Redacción y Administración: CERVANTES, 2, segundo.—Madrid.

DESPACHO TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á DOS

Precio de suscripción:

MADRID	Ptas. Ca.	PROVINCIAS	Ptas. Ca.
Trimestre.....	2,60	Semestre.....	4,60
Semestre.....	4,60	Año.....	8
Año.....	8	EXTRANJERO Y ULTRAMAR	
		Año.....	16

PRECIOS DE VENTA

	Ptas. Ca.
Un número.....	15
Idem íd. atrasado.....	60
Veinticinco números.....	2,60
Doce ídem.....	1,25

Las suscripciones empiezan el día 1.º de cada mes y en provincias no se admiten por menos de seis meses.

No se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

Los señores suscritores de provincias pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo; en este último caso certificando la carta.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

COMPANÍA COLONIAL

FUNDADORA EN ESPAÑA DE LA FABRICACIÓN DE CHOCOLATES Á VAPOR

Proveedora efectiva de la Real Casa

22 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

ÚNICA CASA EN SU RAMO

PREMIADA

EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS

CON DOS MEDALLAS

CHOCOLATES

GRAN MEDALLA DE ORO

SOPAS COLONIALES

MEDALLA DE BRONCE

ACREDITADOS CAFÉS

LOS ÚNICOS PREMIADOS

EN LAS GRANDES EXPOSICIONES DE VIENA Y FILADELFA

GRAN SURTIDO DE TES SELECTOS

PASTILLAS NAPOLITANAS Y BOMBONES DE CHOCOLATE

DULCES Y CAJAS FINAS DE PARÍS

Depósito general..... Calle Mayor, 18 y 20

Sucursal..... Montera, 8

MADRID

BIBLIOTECA DE ARTE Y LETRAS

Esta biblioteca, que ha dado á luz en magníficos tomos lujosamente encuadernados las obras de los mejores autores antiguos y modernos, nacionales y extranjeros, reparte mensualmente un tomo, un fotograbado copia de un cuadro de mérito y un número del periódico *Arte y Letras*, redactado por nuestros más distinguidos escritores.

Precio de suscripción: Un mes cuatro pesetas.

Agotadas la mayor parte de las obras, se ha hecho segunda edición, pudiéndose servir á los suscritores todo lo publicado.

Para suscripciones y reclamaciones

Miguel Sabaté.—Mayor, 15, 3.º